

LA DISOLUCION DE UCD

CUANDO todo parece indicar la próxima disolución de Unión de Centro Democrático, parece necesario tomar una cierta distancia, lejos de la nociva y cegadora pugna cotidiana, para explicar qué fue y qué no fue el inusual partido que protagonizó la transición.

UCD tiene prestados unos servicios históricos que es preciso reconocer ahora, cuando tan fácil resulta ironizar sobre el desgobierno e incoherencia que acabaron por arruinar al partido. Salvo la tragedia del País Vasco —heredada de cuarenta, de cien años atrás—, UCD llevó a cabo una transición política desde la dictadura personal a las libertades que nadie en el mundo occidental se hubiera atrevido a vaticinar. UCD hizo esa transición sin revanchismo, con una generosidad y una sinceridad democrática que, como hemos visto, acabó por volverse contra los propios centristas. UCD no planeó ni dirigió por sí misma la tran-

sición electoral. Sea como fuere, sí hay que reconocer hoy que UCD fue lo contrario de la persecución: la intolerancia. España se benefició de ese pasajero clima de liberalismo colegial e inconnexo: de su desorden surgió la recuperación de las libertades verdaderas. Ese fue el cambio, el gran cambio en el que UCD participó de modo decisivo, y del que la inmensa mayoría no desearía retractarse ahora.

Reconocer y proclamar esto obliga, sin embargo, a reconocer otras evidencias:

UCD no existe ya como partido digno de este nombre en la vida política española. Por eso, a la hora de optar, el buen sentido recomienda la disolución digna frente a cualquier descomposición peligrosa. Del mismo modo es indispensable la generosidad del primer partido de la oposición. Si UCD integra a sus votantes en la coalición que representa la corriente liberal-conservadora de este país llevaría a cabo simultáneamente dos operaciones históricas: contribuiría a reforzar la corriente liberal de AP, equilibrando su ala más conservadora, lo cual es

bueno para la estabilidad de esta nación. Y permitiría, de otro lado, que la opción no socialista pudiera ofrecer una alternativa verdadera, con capacidad de alcanzar nueve millones de votos y vencer al PSOE en 1986. Pero una posibilidad así no se hace sólo con votos; necesita también un liderazgo claro y un programa coherente. Sin esas tres condiciones, el socialismo carecería hoy en España de una alternativa democrática viable y próxima.

sición, cuyo espíritu pacificador fue obra personal del Rey Juan Carlos I, pero sí corrió con el difícil papel de aplicar esos criterios en una sociedad expectante, escéptica y en buena parte hostil. UCD encajó las críticas con una liberalidad que ahora podemos contrastar con otras actitudes más arrogantes, y utilizó los medios de comunicación estatales con una neutralidad que acabaría por devenir inocencia, especialmente en el caso de la televisión estatal, abiertamente partidaria del socialismo antes de su victo-